

# PRESENTACIÓN

SEGUNDO L. PÉREZ LÓPEZ

*Deán y Archivero-Bibliotecario de la SAMI Catedral de Santiago*

En todas las iniciativas culturales, congresos, diarios, revistas... el primer empujón resulta siempre difícil. En el caso de las publicaciones científicas, como es *Annuario*, la reunión de trabajos, la decisión de comités, políticas editoriales... etc., son toda una serie de puntos a dilucidar y organizar cuyo rigor marcará la calidad de la labor futura. Pero si importante es el primer paso, más lo es el segundo, el que marca la continuidad, el camino a seguir. Por esto nos complace presentar el segundo número de *Annuario Sancti Iacobi*, revista científica del Archivo-Biblioteca de la Catedral de Santiago.

Este segundo volumen hace hincapié en todos y cada uno de los aspectos resaltados como orientación desde el primer momento en que fue concebido nuestro *Annuario*: historia, arte, documentación, archivos y bibliotecas... con la común vertiente compostelana posibilitada por el Archivo-Biblioteca de la Catedral compostelana.

En el planteamiento original de nuestro anuario quisimos hacer una propuesta amplia en el mundo de la cultura, desde el campo específico del cristianismo, pero abiertos la realidad plural que proviene de la historia, la cultura y la fe cristiana. Ya que las tres tienen la misma matriz y un horizonte bastante similar. Si, en principio, ésta es una verdad aceptable, sin embargo vivimos una destradicionalización o pérdida de memoria, caracterizada por una religiosidad degustativa y experimental que atrapa al individuo en lo inmediato, en un inmanentismo superficial y cambiante, regido por los ritmos que impone el mercado. Toda nuestra historia, el universo europeo, e incluso la plataforma mundial, en la que ya todos estamos instalados, deben servir de apoyo y fundamento para orientar nuestra existencia. Es importante que tratemos de recuperar el pasado como única forma válida para comprender y descubrir el presente en profundidad. Nos sirve para

concebir el significado de la fe en relación con la existencia humana. La Iglesia se alimenta de lo acontecido para saber cómo mantener viva la memoria y la presencia salvadora de Jesús en el mundo. Para esto, tal como afirma el Vaticano II, su deber es escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, para que cada generación pueda responder a los interrogantes acerca del sentido de la vida, y pueda conocer y comprender mejor el mundo que le ha tocado vivir.

Ni el cristianismo ni ninguna religión se identifican con el mundo en que están, pero necesitan de ese mundo y de su cultura para expresarse. El hecho religioso es una realidad, una forma de vida significativa y actual que puede ser conocida objetivamente. Esta realidad se manifiesta en una dimensión exterior histórica y en otra personal absoluta, de modo que la altura intelectual de un pueblo y de su cultura se manifiesta en la objetividad con la que asume toda la realidad, toda la historia anterior y todas las posibilidades presentes.

En la historia de Europa, y por supuesto entre nosotros, la religión ha ejercido muchas funciones y ha cumplido muchos papeles. De ella han nacido proyectos para la sociedad que ésta ha podido asumir por sí misma. La ciencia en Occidente ha sido posible a partir de la imagen de un Dios todopoderoso, capaz de crear la naturaleza inteligible y fija. Este Dios es el Padre de todos los hombres y de un hombre creado a su imagen se ha llegado a la idea de persona y de fraternidad. La fe es la suprema fuente de moralidad. Como afirmó Goethe «el estremecimiento ante lo sagrado es la mejor parte del ser humano».

El género humano está atravesando una época de cambios radicales y profundos, que afectan a todos los órdenes, alcanzando también a la vida humana en todas sus facetas, entre ellas la fe. Nunca antes la humanidad había disfrutado de tal cantidad de riquezas y facilidades, y sin embargo, las diferencias entre los diversos sectores sociales se incrementan cada vez más; mientras algunos gozan las ventajas de la vida moderna, otros viven en la pobreza más absoluta. Nunca Jamás tuvieron los hombres un sentido tan agudo de la libertad como hoy, y sin embargo surgen nuevos tipos de esclavitud social y psicológica. Hay una ansiedad más universal y profunda: las personas buscan una vida libre, para poder someter bajo su poder todo lo que el mundo actual les brinda. Se busca una cierta, «comunidad universal», que aúne los intereses de las grandes mayorías. De ahí que el mundo actual pueda ser poderoso y al mismo tiempo ineficaz, oscilando entre el bien y el mal, abierto al progreso o abocado al fracaso.

Cultura, ciencia y fe comparten un origen y destino común. Todas nuestras conquistas en el mundo nos trasladan al enigma de nuestra vida como personas, inmersas en el tiempo y anhelantes de lo que la temporalidad alberga en su tuétano indestructible, como creadores y criaturas. Esto nos remite a la fe, entendida como don y presencia desde donde la cultura humana y la condescendencia divina pueden ser conciliadas. La incapacidad de mirar hacia atrás, como memoria del futuro, impediría aprovechar lo que la Revelación nos ofrece, ante el peligro de que las propias realidades cristianas pierdan su contenido, volviéndose irreconocibles su sentido y su eficacia originaria.

Obviamente las raíces cristianas no dan razón de toda la realidad, pero son realidades presentes y manifiestas, son instituciones, personas, ideas, comunidades que afirman con humildad y coraje su identidad ciudadana. Para entender el pasado y el presente, es inevitable hacer una lectura creyente de la historia. La sociedad secular y la cultura europea no pueden comprenderse a sí mismas sin esa radicación cristiana; esto no quiere decir que la Iglesia o los cristianos deban aspirar a algún tipo de privilegio especial, sino ejercer su propuesta en libertad y diálogo con todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

En este sentido se puede decir que «lo primero en el cristianismo no es una idea construida, sino un hecho acontecido; es una historia particular narrada en un relato fundante; es un hecho social resultante de la transmisión e interpretación de aquellos acontecimientos originarios como hechos salvíficos vividos por una comunidad que sigue viva hasta hoy. El cristianismo tiene su tiempo originante propio; no se pierde en la nebulosa de los tiempos; no es una cosmogonía –mito -, ni una astrología –gnosis -, ni magia o teurgia. Es una palabra humana que se autorreconoce y ‘autoatestigua’ como revelación divina. Hecho, por tanto, no sólo idea; palabra de Dios, y no sólo palabra de hombres, aun cuando lo sea en testimonio; generadora de gracia y experiencia de salvación antes que de exigencia moral o programa de acción. Un hombre está en el origen: Jesucristo, hijo de María y concebido por la acción del Espíritu Santo»<sup>1</sup>.

Por todo ello, se puede concluir que el «cristianismo es historia fundante e historia transmitida, revivida, interpretada. Es historia de Jesús, fundamento inicial de la fe y origen de una comunidad creyente, a la vez que la historia

---

<sup>1</sup> Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Educación y educadores. El primer problema moral de Europa (Madrid, 2004), 223s.

de esa comunidad: sus instituciones, sus hombres, su misión, su liturgia, sus santos y sus mártires, sus pecados y sus traiciones»<sup>2</sup>.

El Evangelio y las diversas formas de cultura son proyectos de vida. Trasmiten experiencias diversas pero siempre complementarias. El «resplandor de Dios» no cabe plenamente en los «vasos de barro» de las propuestas humanas, ni se agota en su totalidad en las «lámparas culturales» de los pueblos. En esta perspectiva, con su veste humilde, pero rigurosa habrá que situar la labor científica del *Annuario Sancti Iacobi*. Huelga decir que, por sus páginas, nos encontramos ante tantas afirmaciones como interrogantes, deslumbrantes sucesos y desconcertantes actuaciones, generosidad y heroicidad entremezcladas con egoísmos y miserias.

Buena prueba de ello son los trabajos de éste nº 2, que se inicia con la magnífica investigación de Abel Stefano profundizando en la donación de Raimundo de Borgoña a San Juan de Poio en 1105; la edición del documento se enmarca en la importancia de las fuentes documentales para los estudios históricos. En este segundo número otras aportaciones incorporan fuentes hasta el momento inéditas y poco conocidas: la edición de Xosé M. Sánchez de la carpeta número 13 de Documentos Particulares del ABCS, la de José Antonio Grela del manuscrito Hombre Christiano o el estudio pormenorizado y erudito de Alejandro Barral, capitular de esta institución, del expediente de las reliquias del Apóstol.

El análisis de la documentación compostelana no se detiene en la paleografía y diplomática, sino que la investigadora Beatriz Cancela Montes desarrolla el estudio de las obras musicales de uno de los principales músicos compostelanos, a caballo entre los siglos XIX y XX: Santiago Tafall. Los fondos custodiados en el Archivo Musical del ABCS son amplios y ricos, y esta será, a buen seguro, una primera muestra de las referencias a este compositor.

Música... y artes. Jesús Aguilar Díaz, desde la Universidad de Sevilla, incorpora una interesante visión relacionada con la vida cotidiana de la Compostela moderna: el estudio de la figura de Alonso Rodríguez, un bordador del siglo XVI a través del cual observamos el panorama de los oficios en Galicia a inicios de la Edad Moderna. La época moderna de Santiago se completa con la panorámica de Carlos Santos acerca de la reforma del clero en 1675.

El apartado de reseñas y notas ve aquí la referencia al catálogo de la magnífica exposición acerca de San Francisco peregrino, en el marco de

---

<sup>2</sup> Ibid., 225

la conmemoración del VIII centenario de la peregrinación franciscana, por M.<sup>a</sup> Elena Novás Pérez; y la nueva visión de la Biblioteca Jacobea en los últimos tiempos que nos ofrece Vanessa Bahillo Puente.

Historia, música, arte, documentación, bibliotecas... aspectos todos ellos en relación con la documentación e instituciones compostelanas. Este es otro paso más en un camino que queremos largo y fructífero, y que únicamente con la colaboración de autores, investigadores e instituciones podremos sacar adelante con la solvencia con que se está haciendo. El Cabildo de la Catedral, promotor y editor del anuario y otras publicaciones de CBCS, pone así un grano de arena (una vez más) en el panorama cultural de Santiago y de Galicia.

Sólo me resta felicitar y agradecer a cuantos ponen su tiempo y su saber, con infinita generosidad, al servicio de todos nosotros. ¡Que sientan cada día la amistad y protección del Apóstol Santiago!